

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA
COLECCION DE FOLKLORE

SALTA

90

Maestro EMMA SARAVIA GONZÁLEZ Escuela Normal de Maestras

Fojas 11

OBSERVACIONES

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Escuela Normal de Maestras

Curso recib.

Agosto 6/1921

de Salta

1

Regente: Emma Saravia González,
saluda muy atentamente al D^r. Juan P.
Ramos, y le envia adjunto algunos "cuentos"
que por lo veridicos pueden figurar en el
folklore; y el menú de un banquete ofre-
cido al poeta Juan Carlos D'avalos, muy
original por haberse empleado nombres de
comidas y productos netamente salteños

Salta - agosto 27 de 1921.

Alberdi 295

Consejo Nacional de Educacion
Vocal

Refranes

De mañana en mañana pierde el cordero la lana.
 Al que nació barrigudo es al fiudo que lo fajan.
 Dónde irá el bucy que no ara?
 En el camino se componen las cargas
 ¡Agarrate Magdalena, que vanes a galepiar!
 Zerro viejo conoce todas las huellas.
 Burro viejo no agarra paso.
 La mancha de nera con otra verde se quita.
 Muerto el perro se acabarán las pulgas.
 La cabra tira al mento.
 Cuando el mal es de sarna, al fiudo es rascarse.
 ¡A buenas heras Chabela con tus peretes!

La zamba de Varela

Preguntale a Varela
 si tiene ganas
 de bailar la chilena
 en "Peza y Vargas"

"A la carga a la carga,"
 dijo Chumbita
 sura no se ne escapa
 niña bonita

En la plaza de Salta
 se oyeron ayes,
 porque Don Peque Frias
 vendió los Valles.

Emma Saravia González
 Regente de la Escuela Normal de
 Maestras
 Salta

Hermosa deidad,
 adorado hechizo,
 escuchá mis ayes,
 oye mis suspiros

x

Los suspiros de los hombres
 siempre son fingidos,
 así, señor mío,
 yo rehúso el cirles.

x

Bien prenda del alma
 sabes que los mios,
 del corazón nacen
 muy leales y fines.

x

Siga Ud. diciendo
 todas sus caricias,
 haber lo que saca
 Ud. con decirías.

x

Pués sabrás, mi bien
 que te amo y estimo
 y en tí tengo puestas
 todas mis sentidas.

x

Ponga Ud. deblenas,
 no ponga sentidas
 porque eso en los hombres
 es poco carife.

x

Deblenas, mi bien,
 no te puede dar,
 porque la moneda
 no sé trabajar.

Deme Ud. vestidos
 sacillos y anillos
 miriflaques fines.

x

Bien sabes, mi bien,
 merceder no he sido,
 no tengo más repa
 que la que me viste.

x

Con gente tan pobre,
 jamás he tratado,
 en primer lugar,
 deme Ud. un ducado.

x

El mejor ducado
 es el corazón
 y ese será tuyo,
 pues yo te lo doy.

x

Corazón de gente
 jamás he comido,
 así, señor mío,
 no le necesito.

x

Todo te lo diera,
 con justa razón
 y también de pales
 si hubiera ocasión.

x

Yo te los pegara
 con mayor razón
 para que no seas
 pobre querendón.

(Aplausos)

Adivinanzas

En el campo fui criada,
 vestida de verdes hojas.
 A la ciudad me trajeron,
 para servir a las damas.
 Dábanme paves y gallinas,
 chocolates y mermeladas,
 y yo todo lo repartía,
 pues no sabía comer nada.

R. El torno de la puerta de un monasterio

Tapa sobre tapa,
 corazón de vaca

R. La empanada

Larga como lazo
 redondo como cedazo

R. El pezo

Va al agua y no se moja,
 va al fuego y no se quema.

R. La senhara

Viejita con un solo diente,
 que llama a toda la gente

R. La campana.

No es la que ví,
 no es lo que comí;
 adiviná si pedís.

R. La nuez.

Me dicen tere y no voy,
 me dicen Gil y no soy.

R. Terenjily

Emma Saravia Gonzalez
 Regente de la Escuela Normal de Maestras
 Salta

El fuego fatuo es un costal de huesos de difunto en pena, que si alcanza a una persona, del golpe la derriba en tierra obligándola a rezar por el alma del penado del otro mundo.

Cuando el granado de la casa da un racimo en forma de cruz (que componen 4 granadas) es infalible que en ese año alguno de la casa fallece.

Si se acenete a una víbora con una caña hueca, el reptil jamás escapa de una muerte segura.

Es malo quemar el cabello caído, por que este hecho origina la calvicie de la persona que lo hace.

Si el cadaver de una persona permanece con los ojos abiertos, es indio seguro de que otra deuda o intimo fallecerá en seguida.

No se debe tirar el pan sobrante, " por que el pan es la cara de Dios" y la persona que comete esta imprudencia se expone a sufrir hambres.

El denader para estar segura de que ningun animal lo derribe, jamás se ha de lavar las manos.

Se ha notado el caso de paisanos que permanecieron mas de veinte años, sin lavarse las manos, con el fin ante dicho.

Emma Saravia González
Regente de la Escuela Normal de
Maestras
Salta

(Relato)

Era en los tiempos en que la procesión del Señor del Milagro, en Salta, había alcanzado su mayor solemnidad. Los fieles que seguían a las efigies sumaban muchos centenares y la interminable hilera de luces, a cada lado de la calzada, se extendía por más de siete cuadras.

La muchedumbre compacta se movía pesadamente formando como dos enormes sierpes luminosas, que en la noche daban aspecto fantástico a la silenciosa caravana.

El espectáculo era imponente y grandioso, y mucho más impresionante debía serle para las personas como Dña. Nicolasa Archende, que, a la sombra protectora del viejo balcón colonial, se mantenía impávidamente oculta en cómoda poltrona, mientras la peregrinación de creyentes sufría los pisotones, chamuzcos y pellizcos con que cada uno se defendía en el sofocante apriete.

El sitio de observación de esta potentada matrona era estratégico: en su casa de altos, hacia esquina a la plaza principal y desde el balcón angular podía contemplar por más de una hora, el paso lento, casi angustiada de la inmensa muchedumbre compungida.

En su puesto estaba Dña. Nicolasa cierta año que la procesión alcanzó proporciones insospechadas. La afluencia de gente del campo había sido tal, que los negocios con ser grande el acopio que acostumbraban hacer para las ventas extraordinarias de esos días, iban quedando en tablas.

De pronto, a media cuadra y por la misma acera de la casa de Dña. Nicolasa, se formó un tumulto; se aglomeraron en un solo sitio más de un centenar de personas, con sus luces en alto iluminando como en pleno día la escena.

Un hombre, de los que formaban en la línea delantera de alumbradores, había caído desmayado y gran número de fieles le rodeaban prestándole auxilio. No tardó el pobre hombre en recuperar el sentido; encendió sus velas y siguió andando. No se había organizado totalmente el grupo de alumbradores que formó el tumulto, cuando otra vez el hombre se desplomó sin sentido.

Nuevamente la serpe de luces hizo como un gran nudo, rodeando al caído, y gracias a los auxilios inmediatos, este pudo otra vez levantarse y seguir. Cinco metros andaría otra vez, más bien impelido por la apiñada muchedumbre, que sostenida en sus pies, cuando cayó nuevamente exánime, precisamente debajo del balcón de Dña. Nicolasa Archende, que desde su observatorio, había pre-

7
senciado sin perder detalle, los reiterados accidentes del paisaje alumbrados.

El tumulto se hizo más grande ahora en redor del caído. Las curiques y los auxiliadores, hombres y mujeres, con sus velas en alto, llenaban toda la calle, de vereda a vereda; al propio tiempo que los auxilios resultaban ineficaces para volver a la vida al infeliz. — "Ha pasado" — dijo alguien, y el murmurar de las gentes corrió por ambas hileras de luces, en vez baja y en toda su extensión, repitiendo la noticia amarga: "Ha muerto uno".

El silencio era absoluto. En torno del hombre caído, las velas ardiendo, cien velas por lo menos, semejaban una inmensa ánfera mortuoria iluminando figuras enlutadas y pálidas rostros de dolientes. Arriba, donde la luz de las velas no llegaba, las tinieblas eran densas, como el más allá de las almas.

Doña Nicolasa, en el balcón, luchaba con sus escrúpulos. Revelarse subtraída a la piedad y más aún denunciarle apostada en sitio más alto que el Cristo que había descendido de su pedestal glorioso para santificar el indiguno polvo de la calle, era para la muy católica señora sacrificio tan fuerte como cálida era la llama de su caridad cristiana. Venció el amor al prójimo y su voz de timbre agudo sonó como una clarinada en el desierto:

¡ Sáquenle las betas !

Y obedecieron en el acto. A duras penas le sacaron las betas al hombre, que al recobrar el sentido, como por milagro del Señor, dió un profundo suspiro de satisfacción.

Y al preguntarle: — ¿ Por qué compré las betas tan estrechas? — respondió: — Para que le sirvan también a mi hijo.

Emma Saravia Gonzalez.
Regente de la Escuela Normal de
Maestras

Salta

UN PLEITO

CUENTO

8

En una villa de los valles Calchaquíes, vivían dos criollos que eran compadres.

El uno poseía un regular número de asnos, lo que le daba más prestigio y mejor figuración, que a su compadre, que era simplemente fabricante de ellas y tinajas de barro.

Una vez el ellero consiguió que le contrataran, en otra aldea próxima, varias decenas de ellas, que terminadas, debía entregar al comprador en su domicilio. Llegó esa oportunidad y con el fin de llevarlas, propuso al compadre que le alquilara una de las burras de carga.

Obtenida esta, previo convenio de precio, lo cargó cuanto pudo, poniéndose en marcha, el paisano arriando al herrico, con rumbo al pueblito vecino. Después de media hora de marcha, el asno empezó a resistirse a caminar, lo que hizo que el arriero le menudiera garrotazos, sin misericordia. Y fueron tantos, que se impacientó el pobre asno al extremo que emprendió violenta carrera, en forma tan desordenada, que las ellas fueron cayendo, una a una, hasta que se quedó libre de toda carga.

El desastre fué completo. El ellero no tuvo más recurso que dar alcance al burro, montarse en él y regresar furioso a casa del compadre, dispuesto a exigirle indemnizaciones por los perjuicios sufridos.

Pero el dueño del asno se negó rotundamente a pagar las ellas rotas, trabándose de inmediato el difícil pleito.

Ante el teso Juez de Paz, el de las ellas hizo prolija exposición de lo ocurrido, y cuando el del burro tomó la palabra, se expresó así:

"Figurate, Señor Juez, que ves seis el herrico. Yo te cargo ellas y mas ellas y te apuro caminis. Vos vais caminando, y en eso viene una avespa y te flecha en tu boca. Alzais leme, tirais patadas y salís disparando.....

¿ Como querís, Señor Juez, que yo pague tinajas?.

El Juez absolvió al dueño del burro, cuentan las crónicas.

Emma Saravia González
Regente de la Escuela Normal de Maestras
Salta

Eran amigos un Zorro y un Cuervo, que habían fijado como centro de sus hazafías, las cercanías de un pueblito del valle de Lerma.

Ambos se daban muestras de aparente amistad muy sincera, obsequiándose con alguna frecuencia. Cuando el Cuervo encontraba, en la espesura del bosque, en las laderas de la sierra vecina o a la banda del río próximo alguna vez muerta, después de comer hasta hartarse iba en busca de su predilecto amigo el Zorro, que de este modo se regalaba con los depojos sobrantes a la bandada de cuervos que ponía en fuga con su presencia. A su vez, el Zorro demostraba su consecuencia para con el amigo Cuervo, regalándole con las vísceras de una, entre diez presas que atrapaba en los cerrales del derrido vecindario.

Aunque los dos amigos charlaban alegremente casi todas las siestas, ocultos en un bosquecillo cercano al río, donde la soledad les permitía contar-se las fechorías y los riesgos sufridos; aunque se reían y comentaban burlescamente la acción de la policía del lugar que organizaba cacerías infructuosas de animales dañinos, o se mofaban del celo de las viejas por proteger unas cuantas gallinas flacas, ambos amigos se guardaban una secreta injuria, motivada por la envidia de tal o cual bocado selecto que el Zorro conseguiera, con su gran astucia, para devorárselo solo; o que el Cuervo alcanzara, debido a sus precisas alas, para preceder con idéntico egoísmo.

El Zorro alguna vez había llegado a insinuarle sus resentimientos, diciéndole:

Ué, es más dichoso, amigo Y cree que me juega sucio, por eso vuela tan alto, algunas veces.

Le juro que nó, por la calva de mi abuelo le respondía el Cuervo.

En estas charlas estaban un día, como a la una de la tarde, sin haberse desayunado todavía por fatal atraso en sus empresas entre manos, cuando sintieron el lejano tañer de un cencerro.

Parece que vienen arrieros—dijo el Zorro.

Así cree—dijo el Cuervo.

Voy a ver; no sea que traigan perros exclamó el Zorro humeando el aire.

Ya vuelve—dijo el Cuervo, dando un salto al remontarse a buena altura.

Tardó poco en regresar, manifestando su satisfacción por la ausencia de perros y por haberles oído decir que a la orilla del río pararían para almorzar. El Zorro celebró la noticia, y relamiéndose el ceceo asomó a la playa,

manteniéndose astute en estratégico sitio, detrás de un pedrón.

10

Voy a ver si pesco algo-le dijo el Cuervo al pasar volando por sobre del amigo, para ir a pesarse en las ramas de un árbol del camino.

Al poco rato llegaron los arrieros, que mientras las mulas de carga habían a lo largo del río, se reestaron en un pastizal, haciendo el almuerzo del viajero, con fiambres criollos, pan, vino y el indispensable queso.

En tanto el Cuervo había abandonado su apostadero de la cima del árbol, para acercarse, agazapándose entre las yuyas, hasta muy cerca del grupo. Cuando éste se dispersó, porque unos arrieros se fueron hasta la orilla del río y otros se ocupaban de sus mulas de silla, el mafioso Cuervo, de un salto, se apoderó de un gran pedazo de queso, volando en dirección al bosque, en uno de cuyos altos árboles se posó.

El Zorro había visto todo y comprendiendo que el falso amigo le jugaba una de tantas, se apresuró a correr por entre las breñas hasta llegar pie del árbol, diciéndole desde abajo:

A dónde se iba amigo?

Para Orán le respondió el Cuervo, pretendiendo negarse del Zorro, por que Orán está a gran distancia del pueblo de residencia de estos amigos. Pero al abrir la boca se le cayó el queso, que el Zorro recogió en el acto, exprimiendo velez fuga.

El Cuervo le siguió en rápido vuelo y descendiendo juntas a un materral por donde se escurría el Zorro, le preguntó:

Y Vd., a dónde se vá amigo?

A Tarija, le respondió el Zorro, cifienda siempre los dientes.

Emma Saravia González
Regente de la Escuela Normal de Maestras
Salta

x

Para sanar del erizuelo, debe saludarse al morteo, muy seriamente y antes que salga el sol.

x

Para que no duelan las uueelas, cortarse las uñas en día lunes, únicamente.

x

Para curar el hipe, se le dá un susto al paciente. El remedio suele ser peor que el mal.

x

Contra la erisipela se aplica el abdomen de un sapo vivo a la parte enferma. Se asegura que el batracio toma la enfermedad, librando al paciente.

x

Contra la mordedura de un perro hidrófobo, se aplica cataplasmas de ajos a la herida y se da a masear ajos al enfermo. Se sostiene que los ajos absorben totalmente el virus.

x

Contra el dolor de cabeza, se adhieren a las sienes, humedecidos con saliva, los papeles que se quitan a las colillas de cigarrillos.

x

Para curar las testas (herrugas de las manos), se toman tantos granos de maiz como el número de herrugas y atados éstos en un pañuelo de manos, se le arroja a la vuelta de una esquina, sin volverse a mirar para atrás. Es creencia que la persona que levante los granos de maiz o alguno, le sale una o tantas herrugas como maices recoja.

x

Para curar las terceduras se recurre a la penada que ha de hacerse batiendo clara de huevo con tierra de humbral.

Emma Saravia González
Regente de la Escuela Normal de Maestros
Salta